

**Fray Tomás Gálvez**

***Rivotorto, cuna de la Orden Franciscana***

800 años de historia (1208-2008)



## Contenido

I. EN TIEMPOS DE SAN FRANCISCO.....	4
Conversión de Francisco y de sus dos primeros compañeros .....	4
Se refugian en Rivortorto. Nuevos compañeros .....	5
Empiezan a frecuentar La Porciúncula. Primera misión .....	7
Redacción y aprobación de la Regla.....	8
Predicación, penitencia, oración y trabajo en Rivortorto.....	9
II. DESDE SAN FRANCISCO HASTA NUESTROS DÍAS .....	13
La ermita o eremitorio di Rivortorto (1210-1455).....	13
Iglesia de Santa María de Rivortorto o “Maestà de Saccardo” (1455-1586).....	14
Iglesia y convento de Rivortorto (1586-1854).....	16
La nueva parroquia-santuario de Rivortorto (1847-2008).....	19
Siglas .....	22
Para saber más .....	22

### Nota:

El presente estudio está basado en un trabajo del mismo autor titulado: *Cronologia della conversione di Francesco e dei primi compagni, del Convento e della Chiesa di Rivortorto*, publicado en: AA.VV., San Francesco e Rivortorto, a cargo de Egidio Canil; Casa Editrice Francescana, Assisi, 2004, pp. 183-225.

## I. EN TIEMPOS DE SAN FRANCISCO

### Conversión de Francisco y de sus dos primeros compañeros

No se puede hablar del VIII Centenario de la Orden Franciscana (1209-2009) sin recordar los 800 años de historia del lugar donde ésta empezó: Rivortorto de Asís. Pero antes, aunque sea brevemente, recordemos que Francisco nació en Asís a principios del año 1182. Joven hijo de comerciantes, vanidoso y muy ambicioso, no sólo de dinero, como su padre, sino también de gloria y honores. Soñaba grandezas por el camino de las armas, con todo lo que eso supone de pillaje y violencia. Pero sus sueños fracasaron por la derrota del ejército de Asís en Perusa, que le supuso un año de dura prisión, por una dura enfermedad que lo mantuvo en cama durante mucho tiempo. Pero, sobre todo, lo que le hizo cambiar fue la voz del Señor, que le habló en sueños primero en su casa, y luego en Espoleto, cuando ya planeaba una nueva aventura bélica.

El Señor, que ha dicho que para ser los primeros hay que hacerse los últimos, y pequeños para ser grandes, empezó a orientarlo por los caminos agridulces del evangelio: “*Francisco – le decía–, si quieres conocer mi voluntad, todo lo que hasta ahora has considerado dulce se te tiene que volver amargo, y lo amargo, dulce*”. A partir de ahí se precipitaron los acontecimientos: el encuentro con los leprosos, la visión del crucificado y la invitación a reparar la iglesia de San Damián, imagen de la Iglesia de Jesucristo que entonces, como ahora, amenazaba ruina. La consecuencia fue un áspero enfrentamiento con su padre, que concluyó con el gesto de Francisco de renunciar a todos sus bienes y derechos familiares, delante del Obispo de Asís.

El proceso de su conversión duró relativamente poco, entre el otoño de 1205 y el invierno de 1206, cuando estaba para cumplir los 24 años. Después de “salir del siglo”, como llama él en su Testamento a aquella traumática experiencia, se dedicó durante dos años a reparar San Damián, como oblato de dicha iglesia. Muchas fueron las penalidades: hambre, frío, la dureza de un trabajo al que no estaba acostumbrado, la incomprensión de sus paisanos, las maldiciones de su padre y las sarcásticas burlas de su hermano Ángel. Pero él todo lo sobrellevaba con entereza, y aún tuvo el valor de hacer nuevas renunciaciones. Un día, al escuchar en Misa el Evangelio de la misión de los apóstoles (Mt, 10), entendió que debía ir por el mundo evangelizando, curando leprosos y saludando con la paz, sin dinero, ni cinto, ni dos túnicas, ni sandalias, ni alforja ni bastón, ni ningún otro apoyo, confiando sólo en el Señor.

Esta nueva y más radical forma de vida llamó enseguida la atención de algunos paisanos. Una noche Bernardo de Quintavalle invitó a Francisco a cenar y a dormir en su casa, y le reveló su deseo de seguirle. Por la mañana temprano fueron a buscar canónigo Don Pedro Cattani, que tenía la misma intención, y se dirigieron a la iglesia de San Nicolás, para consultar el Evangelio. El sacerdote ayudó a Francisco a encontrar los tres textos evangélicos que buscaba: “*Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres*” (Mt 19, 21); “*No llevéis nada para el camino*” (Lc 9, 3); “*Quien quiera seguirme, que se niegue a sí mismo*” (Lc 9, 23). Una vez leídos, Francisco exclamó: “*Esta será nuestra Regla; id y poned en práctica el consejo del Señor*”.

Bernardo, que era muy rico, y Pedro, que lo era menos, vendieron todos sus bienes y fueron a repartir el dinero entre pobres y enfermos, hospitales, iglesias y monasterios. El gesto tocó el corazón de otro canónigo muy avaro, Don Silvestre, que acabaría uniéndose al grupo dos o tres años más tarde. Tras haberse despojado de todo, Bernardo y Pedro vistieron como Francisco y se marcharon con él. Era el 16 de abril de 1208. El santo recuerda aquel día en su Testamento, con estas palabras: “*Y los que venían a abrazar esta vida, repartían a los pobres*

*todo lo que podían tener, y se contentaban con una sola túnica, remendada por dentro y por fuera, la cuerda y los calzones. Y no queríamos tener más”.*

### **Se refugian en Rivotorto. Nuevos compañeros**

Cuenta el Anónimo de Perusa y la Leyenda de los Tres Compañeros que los tres encontraron en la llanura la iglesita abandonada de La Porciúncula, y construyeron allí una choza donde vivir “*algunas veces*”. Y, según el primer biógrafo oficial, fray Tomás de Celano, allí nació la Orden. Pero tales afirmaciones chocan con el testimonio no menos autorizado de otras fuentes primitivas. Ante todo, es el mismo Celano quien dice que Francisco, “después de cambiar su ropa de seglar, y de haber reparado dicha iglesia [San Damián], se trasladó a otro lugar cerca de Asís, y se puso a reparar una segunda iglesia en ruinas, casi derruida” (1Cel 21). Esta segunda morada, después de San Damián y antes de la Porciúncula, no podía ser sino Rivotorto, que dista apenas un kilómetro del lugar donde estuvo la iglesia de San Pedro de la Espina, la segunda restaurada por él. Y el mismo biógrafo afirma que Francisco “se recogía con sus compañeros en un lugar cerca de Asís, llamado Rivotorto” (1Cel 42).

La Leyenda versificada de Julián de Spira (LV 13) describe el lugar como una casita cubierta de forraje sobre frágiles troncos a punto de hundirse. San Buenaventura lo llama “*tugurio abandonado*” (LM 4,3), y el fraile asisano Francisco Bartoli de Asís, que vivió en la Porciúncula en las primeras décadas del siglo XIV, llama expresamente a Rivotorto: “*primus locus*”, el primer lugar de los Hermanos Menores<sup>1</sup>. La Franceschina, florilegio del siglo XV escrito por el observante Giacomo Oddi, guardián de la Porciúncula<sup>2</sup>, explica que Francisco y los suyos se refugiaron “*en la llanura de Asís, en un bosquecillo, en un lugar muy solitario junto a un riachuelo llamado Rigo torto, donde no tenían casa ni iglesia, tan sólo una cabañita hecha de ramas*”. Allí se resguardaban de las tormentas, pues, como solía decir Francisco, “*antes se sube al cielo desde las chabolas que desde los palacios*” (1Cel 42).

“*Ocho días después*” (LP 5), es decir, el 23 de abril, un joven pueblerino de 18 años, llamado Gil, se agregó al grupo de Francisco, “*que vivía en Rivotorto con los dos hermanos que entonces tenía*” (AP 14; LP 55)<sup>3</sup>. Y al llegar a la leprosería, “*donde entonces vivía Francisco con fray Bernardo de Quintavalle y fray Pedro Cattani, retirado en un tugurio abandonado llamado Rivotorto y dedicado al ayuno y la oración*”, no sabiendo el camino se encomendó al Señor y llegó enseguida. El santo lo recibió contento y lo invitó a alegrarse, por haber sido llamado a servir como caballero no ya al emperador, sino a Dios mismo. Luego lo presentó a los otros y “*los cuatro se sintieron invadidos por un extraordinario gozo espiritual*” (cf. *Vita fr. Aegidii*, 3C 32, AP 14).

Ansioso por poner en práctica la misión de los apóstoles, Francisco dividió “*enseguida*” el grupo en dos parejas: Bernardo y Pedro se quedaron en Asís –o marcharon a otra región–, mientras él y Gil emprendían el camino de Ancona (3C 32-33, AP 15). La experiencia duró unos días y fue, humanamente, un fracaso. Para Francisco, en cambio, fue un recorrido glorioso, por las penalidades y persecuciones sufridas. De regreso en Asís, “*al cabo de pocos días*” se unieron al grupo otros tres asisanos: Sabatino, Morico y Juan de Capella (3C, AP 17, LM II, 4).

---

<sup>1</sup> - Francesco BARTOLI, *Tractatus de Indulgentia*, n. 2. Ed. P. Sabatier, Paris 1900.

<sup>2</sup> - Giacomo ODDI, *La Franceschina*, testo volgare Umbro del secolo XV scritto dal P. Giacomo Oddi di Perugia, edito per la prima volta nella sua integrità dal P. Nicola Cavanna O.F.M., v. I. Firenze, Leo S. Olshci - Editore 1931.

<sup>3</sup> - Que la conversión de los primeros compañeros fue en 1208 lo confirma la *Vita Brevis B. Aegidii Assisiensis*, donde se dice que la muerte de Francisco tuvo lugar en el año 18 de la conversión del tercer compañero. Cf. AFH 1 (1908) p. 275, n. 9.

Al principio era Francisco quien mendigaba por todos, mas viendo que le resultaba cada vez más pesado y que no salía de ellos echarle una mano, los invitó a no avergonzarse de pedir y a seguir el ejemplo del Señor y de su Madre pobrecilla, anunciándoles que llegaría un tiempo en que muchos nobles y sabios se sentirían orgullosos de hacerlo. Al ser pocos, los empezó a mandar de uno en uno por las aldeas y castillos del condado, y ellos cada vez regresaban más contentos, presumiendo de haber recogido más que los otros (2C 71.74, LP 3).

La vergüenza estaba más que justificada; sus padres y parientes no querían ni verlos, y todos se burlaban y los tenían por locos, por haber dejado sus bienes para vivir de limosna. Incluso el obispo Guido I, con quien se aconsejaba con frecuencia Francisco, le hizo notar la excesiva aspereza de su vida; mas él replicaba que la riqueza es fuente de conflictos y peleas que impiden el amor a Dios y al prójimo (3C 35, AP 17).

Cuenta fray Julián de Spira (LV 17,4) que cuando “*ya gozaba de la feliz compañía de seis hermanos, siete con él*”, Francisco les enseñaba a caminar en pobreza y sencillez de vida (cf. 1C 26), animándoles a imitar a Cristo despojado de todo lo terreno. Por lecho tenían “*un poco de paja cubierta con algún paño muy basto y roto, y por almohada un tronco de madera o una piedra. Y eso era, según ellos, sus colchones*” (VP, 65). Eran sencillos, inocentes y puros, e ignoraban la doblez. Vivían unánimes en la fe y concordes en los propósitos y costumbres, en la caridad, en la práctica de las virtudes, en la piedad y en los pensamientos (1C 46).

Según Ubertino de Casale el cuidado de los leprosos fue una de las primeras ocupaciones de fray Gil<sup>4</sup>, lo que significa que ya desde el principio acudían al hospital cercano. Fr. Francesco Bartoli decía haber leído algunas bulas papales dirigidas al “*hospital de los leprosos, en el lugar donde el bienaventurado Francisco dio comienzo a la primera Orden*” (De Indulgentia, 2), y en sendas bulas del 7 de julio de 1290 el Papa franciscano concede indulgencias a la “*iglesia o capilla de Santa María Magdalena del hospital de leprosos pobres de la Regla*”<sup>5</sup>.

Como no conocían el rezo del Oficio litúrgico, Francisco les enseñó “a cantar el Padre nuestro según una melodía religiosa, no sólo en los momentos prescritos, sino a todas las horas”, y a decir la oración que él solía recitar: “Te adoramos, Señor Jesucristo, también en todas tus iglesias que están en el mundo entero, y te bendecimos, porque con tu santa cruz has redimido el mundo” (1C 45.47; Test.). A falta de libros, su oración era más mental que vocal, “hojeando sin cesar el libro de la cruz de Cristo”, como hacía Francisco (LP IV, 3). Según la Franceschina, el santo plantó en medio del tugurio una cruz de madera, y prescribió que se dijeran tres padrenuestros en cada hora litúrgica, se oyera misa cada día y se dedicaran más a la contemplación que a la oración recitada<sup>6</sup>.

Francisco recibió del Señor una gran fe en los sacerdotes, a los que respetaba y quería, sin querer reparar en sus pecados, “*porque en ellos reconozco al Hijo de Dios, y son mis señores*”, y porque nada veía en este mundo del Hijo de Dios, sino su cuerpo y sangre “*que ellos reciben, y ellos solamente administran a los demás*” (Test.). Por dicho motivo, “*de acuerdo con la doctrina de los santos Padres*”, se confesaban con cualquier sacerdote, con el mayor respeto (Spira 27,4). De hecho, solían hacerlo con un cura secular de vida poco ejemplar, sin dar oídos a lo que les contaban de él. Este u otro sacerdote dijo un día a uno del grupo que no fuera hipócrita, y éste se convenció de que lo era de verdad, porque, según decía: “*un sacerdote no puede mentir*” (1C 46).

---

<sup>4</sup> - Cf. AFH I (1908), p. 268.

<sup>5</sup> - Reg. Vat. 46, n. 272, ff. 49 e 51.

<sup>6</sup> - Wadding, *Annales Minorum* I, 1209, n. 42.

## **Empiezan a frecuentar La Porciúncula. Primera misión**

Debió de ser entre mayo y junio de 1208 cuando Francisco convocó a sus seis primeros compañeros en el bosque de La Porciúncula, a la que iban con frecuencia a rezar (3C 36, AP 16). Cómo empezaron a frecuentar aquel lugar nos lo explica en su *De Indulgentia* fray Francisco Bártoli, que se lo oyó contar un fraile anciano. Al parecer, un campesino creyó oír una noche cantos angélicos en aquella iglesia en ruinas, y fue a contárselo a un sacerdote de la familia Mazzancolli, quien, a su vez, le aconsejó que fuese a decírselo a Francisco, “*que estaba en Rivortorto con algunos compañeros*”. Y éste, al oír su testimonio, fue a pasar allí una noche y tuvo una visión. Entonces decidió no abandonar el lugar y llamó a sus compañeros. Y añade Bartoli que “*antes de la concesión [de la iglesia por parte de los benedictinos] acudían los días festivos, con velas encendidas*” (*De Indulgentia*, 1). Se equivocó, por tanto, fray Tomás de Celano, al creer que Francisco vivió en La Porciúncula y la reparó antes de tener compañeros. De hecho, la Leyenda de Perusa dice que expresamente que fueron ellos quienes empezaron a repararla. Por tanto, la afirmación del primer biógrafo, de que la Orden tuvo su origen en la Porciúncula se basa en un error.

Uno de aquellos días, se retiró Francisco, como solía, “*en un lugar apropiado para la oración*”, y mientras repasaba con amargura los años malgastados de su juventud, tuvo la certeza del perdón de todas sus culpas pasadas, y se le mostró el futuro de su pequeño grupo (1C 26). “*Por ese mismo tiempo*” (después de dicha visión) entró en la Orden el octavo miembro, fray Felipe Longo (1C 25.29). Así pues, escribe san Buenaventura, “*habiendo dado a luz siete veces*”, como la mujer estéril de la Escritura, el santo deseaba “*dar a luz en Cristo a todo el pueblo fiel, convocándolo al llanto y a la penitencia*” (LM III, 7). Por eso reunió a sus compañeros en el bosque de La Porciúncula “*en el que se adentraban a menudo para orar*” (3C 36, AP 18).

“*Cuando éramos apenas siete hermanos, no más*”, explicaba fray Gil a su confesor fray Juan, Francisco los reunió en el bosque para decirles que habían sido llamados para “*ayudar al mundo en peligro mediante la palabra de Dios y con ejemplos virtuosos*”, y los envió a anunciar la paz, la conversión y el perdón de los pecados, siendo pacientes en las persecuciones, respondiendo con humildad, bendiciendo y dando gracias a los perseguidores, y confiando en el Señor, que cumple sus promesas (1C 29). Y los animaba diciéndoles: “*Dentro de no mucho tiempo vendrán a nosotros muchos doctos y nobles, y se unirán a nosotros en la predicación a príncipes y pueblos*”. Y añadió que la Orden iba a ser como el pescador que escoge el pescado mejor y más grande, y abandona el más pequeño (cf. C 36, AP 18, 1C 28). Dicho esto, los abrazó uno por uno, y los mandó con estas palabras de un salmo, que luego repetirá, en cada nueva misión: “*Pon tu confianza en el Señor, que él te ayudará*” (1C 29, LM III, 7, AP 18).

Los hermanos partieron de dos en dos y ponían en práctica lo que les había dicho Francisco. Si veían una cruz o una iglesia, hacían una reverencia y recitaban la oración que habían aprendido (1C 45, 3C 37, AP 19). La gente se admiraba al verlos tan distintos a otros religiosos, por el hábito y por la vida. Dondequiera que entraban, saludaban a todos con la paz, y los exhortaban a temer y amar al Creador, observando sus mandamientos. Unos les oían con interés, otros se burlaban de ellos, o los despreciaban o maltrataban como a delincuentes. A las preguntas: “*Quiénes soís? ¿De dónde venís? ¿De qué orden soís?...?*”; ellos respondían sencillamente: “*Somos penitentes de Asís*”, pues aún no eran una orden. Todo lo soportaban con paciencia y fortaleza: hambre, sed, frío y desnudez, alegrándose en la tribulación y orando por sus perseguidores. Muchos, al verles tan serenos, pacientes y devotos, y que despreciaban el dinero y se amaban mutuamente como verdaderos cristianos, se disculpaban y los escuchaban con mejor disposición (AP 19.23, 3C 37.40.41).

La mayor parte de las noticias relativas a esta misión se refieren al viaje de los hermanos Gil y Bernardo a España (1C 30), que debió de durar unos seis meses (a una media de 25-30 km. diarios). Por tanto, teniendo en cuenta que en el invierno de 1209 ya estaban de regreso en Florencia, podemos fijar la salida desde Asís a comienzos del verano del año anterior. El hecho de que en España, tuvieran que conformarse con algunos granos de habas que encontraron en una era donde pasaron la noche (Vita Fr. Aegidii, en AF III, 76-77) nos indica que aún era verano cuando entraron en la península ibérica.

A la vuelta se unieron al grupo “*otros cuatro hombres dignos, alcanzando de ese modo el número de doce hermanos*” (LV 20,7). Eran Juan de San Constanzo, del condado de Asís, Bárbaro, también asisano, Bernardo de Vigilante, y Ángel Tancredi, a quien Francisco recibió en su ciudad natal, Rieti.

### **Redacción y aprobación de la Regla**

Según Celano y san Buenaventura, el reencuentro fue un gran milagro atribuido a la oración de Francisco y al ardiente deseo de volver a ver a todos (1C 30, LM III, 7). En realidad regresaron a Asís “en el tiempo establecido”, según el mismo Celano y el Anónimo de Perusa (2C 41, AP 24). La felicidad de estar juntos otra vez les hizo olvidar las penalidades sufridas, y cada cual contó al santo sus experiencias, sin ocultar nada y pidiendo humildemente corrección y penitencia por las posibles culpas y negligencias cometidas (1C 30, AP 25, 3C 41). Francisco, por su parte, “*se puso a manifestarles sus propósitos, y lo que el Señor le había revelado*” (1Cel 30). Se refería, sin duda, a su intención de redactar una regla, como él mismo explica en su Testamento: “*Y luego que el Señor me dio hermanos, nadie me mostraba lo que debía hacer, sino que el mismo Altísimo me reveló que tenía que vivir según la forma del santo Evangelio. Y yo lo hice escribir con pocas palabras y con sencillez, y el señor Papa me la confirmó*”.

La redacción de una regla se debió, siempre según las fuentes, al aumento del número de hermanos, y estaba formada por textos evangélicos y “*otras normas indispensables y urgentes para una santa vida común*”, en palabras de Celano (1C 32). La Crónica de los XXIV Generales, de mediados del siglo XIV, dice expresamente que se redactó en Rivotorto (cf. AF III, 5-6), y así se ha creído siempre en Asís.

Una vez redactada la regla, Francisco, reunió a “los once hermanos que tenía” (LV 21,3), y les dijo: “Puesto que parece que el Señor nos quiere aumentar, vayamos a nuestra madre la Iglesia de Roma, a comunicar al Sumo Pontífice lo que el Señor ha empezado a obrar por medio nuestro, de manera que podamos realizar nuestra misión según su voluntad y su mandato”. Por el camino eligieron a Bernardo como guía o “vicario de Jesucristo”. Marchaban contentos, orando o hablando sólo del Señor y de cosas útiles para su vida espiritual, “y el Señor les proporcionaba, en el momento oportuno, comida y alojamiento” (3C 46, AP 31).

En Roma encontraron al obispo de Asís, que “*se ofreció para aconsejarles y ayudarles*” (1C 32), y los presentó al cardenal benedictino Juan de San Pablo, obispo de Sabina (AP 32, 3C 47). Éste, temiendo que no lograran perseverar en aquel “*propósito*” de vida, trató de orientarlos hacia la vida monástica o eremítica; hasta que, vencido por la insistencia de Francisco, se le ofreció como procurador (1C 32-33, AP 33).

El cardenal habló de Francisco a Inocencio III como de un hombre virtuoso, comprometido en vivir la perfección del Evangelio, mediante el cual quería el Señor renovar la Iglesia (AP 32, 3C 48). Más, cuando el Papa lo tuvo delante, o porque estaba en aquel momento concentrado en meditación, o por su aspecto pobre y desastrado, lo echó sin contemplaciones. Pero aquella noche, según san Buenaventura, soñó con una pequeña palmera que crecía bajo sus pies, hasta convertirse en una planta muy alta. Entonces, según el testimonio de un

sobrino de Inocencio III (cf. LM III, 9), mandó llamar de nuevo a Francisco, y reunido en consistorio escuchó con interés el propósito de Francisco y de los suyos, de vivir plenamente confiados en la providencia. El cardenal Juan de San Pablo abogó en su favor, y también, según Ángel Clarena, el cardenal Hugolino, obispo de Ostia. Pero al Papa y a otros prelados les pareció aquella forma de vida “*insólita y demasiado ardua*”, si no para ellos, sí para los que vinieran después, por lo que aplazó su decisión, pidiendo a Francisco que pidiera mientras tanto, al Señor que le manifestara mejor su voluntad (1C 16, LM 3,9, 3C 49, AP 34).

Obediente a la voluntad del Papa, Francisco se puso enseguida en oración, y el Señor le inspiró la parábola de un rey enamorado de una mujer de su reino, hermosa, pero muy pobre, con la que tuvo unos hijos también hermosísimos. Y la madre, después de educarlos noblemente, los mandó al rey, recomendándoles que no se avergonzaran de ser pobres. El monarca los reconoció enseguida como hijos suyos y les dijo que no temieran, “*pues, si a mi mesa comen los extraños, más justo será que coman en ella los que tienen derecho a toda la herencia*” (1C 16).

Francisco explicó al Papa que él era aquella mujer, y los hijos, sus compañeros, a los que jamás faltaría el sustento en la mesa del Señor. Admirado de “*que el Señor manifestara su voluntad a un hombre tan simple*” (AP 36), el Pontífice se acordó de un sueño que había tenido días antes, en el que veía a un religioso pequeño y despreciable sosteniendo con sus hombros la iglesia de Letrán, a punto de hundirse (2C 17). Abrazó, pues, a Francisco, y le aprobó la regla, dándoles autorización para predicar la conversión. El santo prometió obediencia al Papa, y sus compañeros a él. Luego les dio la bendición y los invitó a volver cuando crecieran en número y en gracia, para recibir “*otros favores y encargos más importantes*”. Tras visitar los sepulcros de los Apóstoles, recibieron del cardenal Juan de San Pablo las órdenes menores que les facultaban para predicar (1C 33-34, 3C 49.51-52, AP 36). Según la tradición, la aprobación fue el 23 de abril de 1209. Con toda seguridad fue antes del 20 de mayo, fecha del traslado de la curia romana a Viterbo.

### **Predicación, penitencia, oración y trabajo en Rivotorto**

En el camino de vuelta comentaban lo sucedido, y se prometían cumplir del mejor modo la regla recién aprobada. El anochecer los sorprendió cansados y hambrientos en un despoblado, pero la aparición de un hombre con un pan en las manos les hizo renovar su confianza en la providencia. En Orte se detuvieron quince días en un lugar solitario. De día mendigaban por la ciudad, y las sobras, si no podían dárselas a un pobre, las guardaban para el día siguiente en un viejo sepulcro vacío (1C 34-35). Eran tan felices, que se prometían vivir siempre en aquella extrema pobreza. Y, “*para que una larga permanencia allí no diera lugar a una apariencia de posesión*”, dejaron Orte y regresaron al Valle de Espoletto.

También se planteaban por el camino si debían vivir entre la gente o en lugares apartados (LM 4,2). Optaron por regresar al “*éremo*” de Rivotorto, donde, a falta de pan, se conformaban con los rábanos que podían mendigar en la llanura. El tugurio era tan estrecho, que a duras penas cabían sentados o tendidos en el suelo, pero ninguno murmuraba o se quejaba. Para que cada cual reconociera su sitio, Francisco escribió sus nombres en las vigas de la cabaña (1Cel 42.44).

Los biógrafos principales coinciden en afirmar que Francisco, después de aprobada la regla, empezó a predicar “*con mayor fervor en los alrededores, por ciudades y aldeas*” (2C 17). De las mismas fuentes, sin embargo, no resulta que el grupo saliera de los confines de Asís en los primeros tres años, antes de dispersarse de dos en dos por toda Italia. Durante esta larga etapa asisana predicaban en las iglesias y parroquias de la diócesis. Francisco se estrenó en San Jorge, su antigua parroquia, donde estaba la escuela en la que aprendió a leer y a escribir, y donde recibiría su primera sepultura (1C 23). Empezaban sus predicaciones con el

saludo “¡El Señor os dé la paz!”, el mismo que dirigían a cuantos se les cruzaban por el camino (1C 24).

Un sábado Francisco subió a la ciudad, porque “*la mañana del domingo tenía que predicar en la iglesia catedral, como solía hacer*”. Y mientras rezaba de noche, como de costumbre, en un cobertizo del huerto de los canónigos, abajo en Rivotorto sus compañeros, que dormían o velaban en oración, vieron entrar en la habitación un luminoso carro de fuego con un globo grande como un sol, que iluminaba sus conciencias. Comprendieron que era el alma de Francisco, que a pesar de estar ausente seguía velando por ellos. Al volver al día siguiente el santo les confirmó el significado de la visión, y se puso a revelarles secretos y a hacer muchas predicciones acerca del futuro de la Orden (1C 47.51, LM 4,4).

Mientras tanto, el emperador alemán Odón IV, tras reconocer en Spira los derechos de la Iglesia sobre los territorios pontificios, se encaminaba a Roma para ser coronado emperador. Debió de ser en septiembre de 1209 cuando, al pasar por Asís, tomó el viejo camino de Bevagna y Espoleto, que pasaba junto (*juxta, secus*) a Rivotorto. Francisco, sin embargo, o porque enseñaba a los suyos a vivir mortificados y apartados de las vanidades y pasiones del mundo, o porque previó la falta de sinceridad en las intenciones de Odón, no les permitió salir del tugurio para verle. Sólo a uno se lo permitió, con el encargo de anunciarle que su imperio duraría poco<sup>7</sup>. Y es que Francisco, investido como estaba por la autoridad apostólica, “*rehusaba firmemente adular a reyes y príncipes*” (1C 43, LV 25,3).

Es sabido que Francisco, desde su conversión, no tuvo miramientos con su cuerpo, y lo sometía a ásperos ayunos y mortificaciones, hasta el punto de combatir las tentaciones arrojándose al agua helada (1C 42, LM V,3). Sus discípulos lo imitaban sometiéndose a toda clase de excesos, y considerando pecado lo que no fuese consuelo espiritual. Se ceñían cilicios, corsés y cinturones de hierro, y hacían largas vigiliias y ayunos, hasta poner en peligro sus vidas. Por eso, no es de extrañar que una noche, “*en los comienzos de la Orden, cuando Francisco empezó a tener hermanos y vivía con ellos en Rivotorto*”, uno de ellos se sintiera desfallecer de hambre, y se pusiera a gritar. El santo no dudó en preparar la mesa para todos, él el primero, para no avergonzar al compañero hambriento. Mas, cuando acabaron de comer, les explicó que lo había hecho por caridad fraterna, y les recomendó que midieran sus propias fuerzas, evitando con prudencia tanto el exceso en comer como en la abstinencia (2C 21-22, LP 1).

Aquel año la Navidad cayó en viernes. Los frailes, en su inexperiencia, no sabían a qué atenerse y discutían si debían ayunar o no<sup>8</sup>. Entonces fray Morico decidió consultar a Francisco, y obtuvo esta contundente respuesta: “*Pecas, hermano, llamando viernes (“día de Venus”) al día en que nació para nosotros el Niño. En un día como este quiero que coman carne hasta las paredes, y si eso no es posible, al menos que las unten con ella*” (2C 199, LP 110).

La primera fraternidad franciscana repartía la jornada entre la oración y el trabajo. De noche se levantaban para la oración personal, y de día trabajaban manualmente, para evitar la ociosidad, enemiga del alma (AP 25, 3C 41). Sobre todo ayudaban a los campesinos de las tierras cercanas y a atendían a los leprosos del cercano hospital de San Lázaro. Además, Francisco era del parecer de que un hermano no debería estar mucho tiempo sin ir a por limosna, para no dejarse vencer por la vergüenza. Pero, “*en los comienzos de la Orden, cuando los frailes vivían en Rivotorto*”, había uno que rezaba poco, no trabajaba y se avergonzaba de mendigar, aunque comía por cuatro; hasta que Francisco lo despidió,

---

<sup>7</sup> - El Papa lo excomulgó en diciembre de 1210, y los príncipes alemanes entronizaron en su lugar, un año después, al rey de Alemania y de Sicilia, Federico II.

<sup>8</sup> - También en 1220 cayó en viernes, pero en aquel tiempo los días de ayuno ya estaban fijados por la regla.

diciéndole: “*Sigue tu camino, hermano Mosca. Tú quieres comer del trabajo de tus hermanos, pero estás ocioso en el servicio de Dios. Eres como el zángano, que no trabaja ni liba, pero devora el fruto del esfuerzo de las abejas trabajadoras*”. El hombre se marchó, sin disculparse siquiera (2C 75, LP 62).

Según san Buenaventura, para evitar la ociosidad, después de restaurar San Damián, Francisco “*pasó a otro lugar algo más distante de la ciudad, para reparar la iglesia dedicada a San Pedro*” (LM II, 7). “*Cambiada su ropa de seglar –escribe a su vez Tomás de Celano– y restaurada dicha iglesia [de San Damián]... se trasladó a otro lugar cerca de la ciudad de Asís, y se puso a reparar una segunda iglesia en ruinas, casi destruida, y no interrumpió la buena obra emprendida hasta haberla llevado a cabo enteramente*” (1C 21). Dicha iglesia, más alejada de Asís que la de San Damián, no podía ser otra que la de San Pedro de la Espina, en San Petignano, a un km. escaso de Rivotorto, en dirección a Cannara. Hoy en su lugar sólo hay una casa rural en ruinas, que hasta no hace mucho tenía una espadaña y una pequeña capilla, no muy antigua. Los más viejos del lugar recuerdan que hubo allí una comunidad de religiosas.

Al estar en lugar abandonado y solitario junto al camino, nada tiene de extraño que un día pretendiera refugiarse en el tugurio un campesino con su asno. Éste, para que no lo rechazaran, decía al animal: “*Entra, que haremos un buen servicio a este lugar*”. A Francisco le disgustó mucho aquello, porque interrumpió la oración y el silencio de los hermanos, y porque aquel hombre pensara que ellos pretendían apropiarse del lugar y ampliarlo. Por eso diría luego a sus compañeros: “*Dios no nos llama para preparar establos a un asno, ni para tener problemas con la gente, sino para ir a predicar a los hombres el camino de la salvación dando buenos consejos y, más aún, para dedicarnos a la oración y a la acción de gracias*”. Dicho lo cual, decidieron dejar el tugurio para “*los leprosos pobres*”, y ellos se trasladaron a La Porciúncula (1C 44, 2C 55).

El episodio es demasiado anecdótico, y no revela las verdaderas razones del abandono de Rivotorto. La realidad era que el grupo seguía creciendo (tal vez vivían aún allí cuando se les unió el canónigo Silvestre). Por eso les propuso Francisco: “*Como religiosos que somos, me parece bueno y conveniente conseguir del obispo o de los canónigos de San Rufino, o del abad de San Benito una iglesita pobre donde poder recitar las Horas litúrgicas, y tener al lado una verdadera casa, también pequeña y pobre, de barro y cañas, donde descansar y realizar el trabajo necesario. Porque, ciertamente, el lugar donde ahora estamos no es apropiado, pues la habitación es demasiado estrecha para los hermanos que viven en ella, y que Dios va a hacer numerosos. Y, sobre todo, no tenemos iglesia donde recitar las Horas; y si alguno muriese, no estaría bien enterrarlo aquí, o en una iglesia del clero secular*” (LP 8).

Según Tomás de Celano, el grupo se trasladó a la Porciúncula, donde Francisco ya había estado “antes de tener compañeros”, y Tres Compañeros añade que “dejaron aquel cuchitril para uso de los leprosos pobres, y se trasladaron a Santa María de la Porciúncula, a cuyo lado había una casita en la que habían vivido antes de conseguir la iglesia” (3C 56). En realidad, como hemos visto, antes no vivieron allí, sino que se limitaban a ir a orar en el bosque cercano, sobre todo los días de fiesta. En cuanto a la casa, ésta la construyeron ellos después de conseguir la iglesia. Fray Francisco Bartoli, mucho más concreto, se limita a decir que Francisco “dejó el primer lugar de esta Orden, que era Rigo torto”.

El traslado debió de tener lugar en el otoño de 1210 o, lo más tardar, en el invierno de 1211, no mucho antes del 28-29 de marzo de 1211, fecha de la huida de casa de madonna Clara. Porque sabemos que ella, cuando ya estaba en contacto con Francisco, mandaba limosna por medio de su amiga Bona “a los que trabajaban en Santa María de la Porciúncula”, probablemente en la construcción de la casa (Proc. Can. XVIII, 7). La iglesia, en cambio, no se terminó de reparar hasta el 2 de agosto de 1215, fecha de su consagración.

A pesar del traslado, los hermanos no dejaron de acudir a Rivotorto, para atender a los “*leprosos pobres*” que habían dejado allí.

## II. DESDE SAN FRANCISCO HASTA NUESTROS DÍAS

### La ermita o eremitorio di Rivotorto (1210-1455)

El condado de Asís se dividía en “*baylias*” o parroquias rurales, y éstas, a su vez, en “*vocabulus*”. El vocablo Rigo-torto (llamado así por el sinuoso riachuelo que pasa por allí) formaba parte de la bailía de San Savino, que abarcaba una amplia zona entre la ladera del Subasio y la llanura asisana.

Un documento del 7 de marzo de 1222 relativo a un terreno es el primero donde se cita el “*loco qui dicitur Rivus tortus*”<sup>9</sup>. Son innumerables las actas notariales posteriores en las que Rivotorto parece como un lugar muy concreto de la llanura, rodeado por los vocablos de Canneto, Tribio, Salette, Fontanelle, S. Pietro de la Spina y Arce, lugar este último donde estaba la leprosería de San Lázaro. La descripción coincide plenamente con el lugar donde se encuentra el actual santuario de Rivotorto.

Bajo el seudónimo de Pompeo Bini, un fraile del Sacro Convento de Asís escribió en 1671 que Rivotorto, “en la época en que estuvo habitado por el S. Padre, no fue nunca un convento, sino un pequeño tugurio; el cual se transformó luego en un hospicio apenas capaz para un solo religioso, y casi abandonado por la Religión”<sup>10</sup>. Unos años antes, en 1656, los frailes de La Porciúncula reconocían también que, antes de convertirlo en verdadero convento, los frailes de San Francisco no permitían que hubiese allí más de un religioso. Una confirmación de esto podría ser la lápida que apareció bajo el pavimento del eremitorio cuando se excavan los cimientos de la iglesia de 1600. La inscripción, en escritura gótica de la primera mitad del siglo XIV, dice lo siguiente: “HIC IUXTA SINUOSUM / RIVUM BEATUS AEGIDIUS ASSISIENSIS / ET FRATER CONRADUS OFFIDANUS / DE PICENO MORE PATRUM IN SINUM / DEI QUIEVERUNT QUAMPLURIMUM / ITA FRATER NICOLAUS A SEBENICO DALMATA” (Aquí, junto al Rigo torto, el beato Gil de Asís y fray Conrado de Offida de Piceno descansaron muchísimas veces en el regazo de Dios a la manera de los padres. Igualmente, fr. Nicolás de Sebenik, dalmata).

El citado beato Egidio de Asís pudo ser el tercer compañero de Francisco, que murió en Monteripido de Perusa el 23 de abril de 1262, o bien el beato Gil Capocci, fraile del Sacro Convento de Asís que murió el 29 de agosto de 1280, a quien Bartolomé de Pisa llama “*de Viterbo, vulgo assisiensis*”, para distinguirlo del anterior. Que fuese uno u otro no importa tanto, como saber que Rivotorto era ya una ermita en la segunda mitad del siglo XIII.

El beato Conrado de Offida entró en la Orden en 1250 y murió en Bastia Umbra, cerca de Asís, el 12 de diciembre de 1306. Los historiadores del Sacro Convento Angeli<sup>11</sup> y Bartolomasi<sup>12</sup> sitúan su estancia en Rivotorto en los años 1294 y 1296, respectivamente.

Al dalmata fray Nicolás de Sebenik, no hay que confundirlo con el Santo del mismo nombre y procedencia, martirizado en Jerusalén el 14 de noviembre de 1391. Los citados historiadores, en base a antiguas anotaciones del archivo, dicen que en torno al año 1315 era “*vicario de Rivotorto*”, y opinan que pudo haber sido él el autor de la inscripción. La hipótesis más probable es que fray Nicolás, mientras vivía retirado en Rivotorto, hubiese querido dejar

---

<sup>9</sup> - Cf. FORTINI, *Nova vita* di San Francesco, III, 395.

<sup>10</sup> - Pompeo BINI, *La verità scoperta ne' tre Santuari della città di Assisi, la Basilica di S. Francesco, la Porziuncola e Rivotorto*, 173. Firenze 1721.

<sup>11</sup> - Francesco Maria ANGELI de Rivotorto, *Collis Paradisi amoenitas seu Sacri Conventus Assisiensi Historiae*. Montefalco 1704, pp. 88-93.

<sup>12</sup> - ASC, Bonaventura BARTOLOMASI de Módena, *Memorie Storiche Riguardanti la Vita e Morte del Beato Corrado di Offida Sacerdote Professo Franciscano Minorita*. Obra manuscrita.

constancia de la estancia allí de los beatos Gil y Conrado. La última línea, en letra más pequeña, debió de ser añadida por otra persona en el margen inferior, tras la muerte de fray Nicolás. Lo que podemos asegurar es que Rivortorto fue lugar de retiro para frailes devotos, al menos entre los siglos XIII y XIV.

Poco antes de dicha inscripción, Giotto Bondoni de Florencia había representado en la basílica superior de Asís, con cierto realismo, algunos lugares conocidos, como la plaza mayor, una panorámica de la ciudad y del monte Subasio, la sala capitular del convento, el interior de las iglesias superior e inferior, etc. No es de extrañar, por tanto, que en el episodio del carro de fuego haya plasmado con igual realismo el eremitorio de Rivortorto, tal y como se presentaba en aquella época. Aunque sea un poco idealizado y desproporcionado, el edificio se parece al actual, tal como apareció tras la restauración de 1926.

Hay que añadir, además, que sus muros de sólo piedra, típicos de los siglos XIII-XIV, son un caso excepcional en la llanura asisana, casi despoblada en aquella época, pues en las edificaciones posteriores la piedra siempre aparece mezclada con el ladrillo, que tiende a predominar. La construcción actual, como en el fresco de Giotto, está dividida en tres espacios: el central, formado por tres paredes, que debió de ser el tugurio primitivo, y otros dos adosados a los lados. El de la derecha era un dormitorio, con un solo lecho de piedra algo elevado del suelo para evitar la humedad del suelo. El de la izquierda era una cocina, como lo demuestra el hueco de una chimenea en la pared del fondo. Ambos habitáculos se debieron de añadir al central no mucho después de la muerte y canonización de San Francisco, como vivienda para un único fraile. Este, además de eremita, debía de ser a la vez santero del pequeño santuario, al que sin duda no dejarían de acudir peregrinos, como a los otros lugares franciscanos de Asís.

Las continuas guerras entre los siglos XIII y XV obligaron a mucha gente de la comarca, e incluso a comunidades religiosas, a refugiarse en la ciudad. Sabemos que en 1380, los oblatos de la leprosería tuvieron que reunirse en la ciudad, por causa de las guerras<sup>13</sup>. En 1385 continuaban los conflictos, y el Comune ordenó de nuevo reparar los caminos de la bailía de San Savino y atrincherar y cortar los que iban hacia el “*pedagium*” o peaje de Rivortorto, para impedir el paso al enemigo. La ermita de Rivortorto, al estar en una zona tan conflictiva, estuvo abandonada mucho tiempo, igual que otros eremitorios franciscanos primitivos, algunos de los cuales empezaron a ser rehabilitados precisamente en estos años, por obra de fray Paoluccio Trinci de Foligno, padre de la Observancia franciscana.

### **Iglesia de Santa María de Rivortorto o “Maestà de Saccardo” (1455-1586)**

Entre los vocablos de Rivortorto y Salette, delante de la iglesia de San Giovannuccio, hay un cruce de caminos que entre 1383 y 1414 era conocido como “*trivio di Ugolino di Lucca*”<sup>14</sup>. Nieto de este Hugolino era Sante de Francesco de Hugolino, alias Zaccardo o Saccardo, dueño de un terreno “*in vocabulo Rigo torto*” y de la propiedad del abuelo que daba nombre a la encrucijada<sup>15</sup>.

En 1442, las tropas de Perugia capitaneadas por Piccinino asediaban y daban fuego a la ciudad de Asís, dejándola poco menos que deshabitada. Los daños fueron cuantiosos y la recuperación muy lenta. En este contexto hay que situar la iniciativa de un hijo de Sante de Hugolino llamado Francesco. Tenía “*muchos hijos*”, algunos ya casados, cuando el 8 de julio de 1448, de común acuerdo con su esposa, Elena de Vittorino, y delante del vicario de la

---

<sup>13</sup> - Cesare CENCI, *Documentazione di vita assisana 1300-1530*. 3 vol. Ed. S. Bonaventura, Quaracchi (Grottaferrata) 1975. Cf. v. I, p. 179.

<sup>14</sup> - CENCI I, 194, 274, 343.

<sup>15</sup> - Cf. 1418. ASCA Not. B 18, f. 250, y 1429. CENCI I, 473.

diócesis D. Francesco Vitali, decidieron separarse y concederse mutua licencia para abrazar la vida franciscana<sup>16</sup>. Entre 1455 y 1465 encontramos a fray Francisco Zaccardo como fraile del Sacro Convento, cuyo procurador, si damos crédito a una nota manuscrita del siglo XVIII conservada en el archivo del Sacro Convento, adquirió en 1450 el terreno donde se encontraba una capilla o “*cappellocia*” con unas pequeñas habitaciones. En 1453 el perusino fr. Giacomo Oddi, guardián de la Porciúncula y autor de *La Franceschina*, describía el lugar como “*una cabañita de ramajes*”, situada “*en el llano de Asís, en un bosquecillo y lugar muy solitario, junto a un riachuelo llamado Rigotorto*”.

Dos años más tarde, en junio de 1455, el vicario episcopal ya citado concedía licencia a Francisco de Sante alias Saccardino para edificar “en el condado de Asís, en la contrada llamada el Pontecello de Rigo torto, una capilla, iglesia o majestad, con altar apto para celebrar la Misa”. El vicario aseguraba tener mandato para ello, y disponía que fray Francisco y los que trabajarían bajo sus órdenes no debían ser molestados de ningún modo<sup>17</sup>.

Dos siglos después el P. Angeli, natural de Rivotorto y fraile del Sacro Convento, contaba que un hombre devoto de nombre Zaccardo, que vivía en las laderas del Subasio..., hizo construir un “*oratorio rural*” en su campo, apartado de su casa, hacia la llanura, junto al torrente de Rivotorto, y mandó pintar una imagen de la Virgen de la Piedad y colocó en ella a un ermitaño. Y añade que el lugar conservó siempre su primitivo aspecto, aunque hubo que levantar dos palmos el suelo, por el agua que rezumaba del riachuelo e impedía el acceso de los fieles; y también los techos, que de puro viejos se venían abajo<sup>18</sup>. El relato es bastante coherente con la realidad de los hechos. El gran error del P. Angeli fue creer que Saccardo vivió antes que san Francisco, y que fue el Santo quien añadió las habitaciones laterales.

En 1457 aún estaba en construcción la “*iglesia de Santa María de Rivotorto*”<sup>19</sup>, que la gente empezó a llamar enseguida “*la Maestà de Saccardo*”. *Maestà* o Majestad era el nombre que daban en Asís a las capillas dedicadas a la Virgen. La suerte de Rivotorto empezó a mejorar desde entonces. Entre 1471 y 1474 las autoridades locales decidieron desecar y sanear amplios terrenos pantanosos de la llanura, y en ese contexto hay que incluir la decisión del 29 de abril de 1472, de desbrozar el “*fossato*”, un pequeño afluente del Rivotorto en las cercanías del santuario, y de reparar el puente, para honra de Asís y para hacerlo más cómodo<sup>20</sup>. Restaurada la ermita y saneada la zona, volvieron los frailes ermitaños a Rivotorto. El capítulo general de 1491 de los franciscanos conventuales decidió “*que se mantenga la antigua devoción de Rivotorto*”<sup>21</sup>; y en 1508 el Ministro general Rainaldo Graziani de Cotignola destinaba “*in conventu Rivi torti de Assisio*” a un cierto Fr. M. Antonio de Asís<sup>22</sup>.

En 1550 un comerciante de Foligno residente en Asís, Simeone Antonelli, edificó en el Trivio de Luca, cercano a Rivotorto, una iglesia dedicada a San Juan Bautista (San Giovannuccio). En 1564 la puso en manos de los frailes conventuales del Sacro Convento. Una de las condiciones era “*incorporar y unir dicha iglesia a la de Rivotorto*” y que se celebrase en ésta algunas misas durante la semana<sup>23</sup>. En virtud de dicho patronato, en 1566 el Vicario general de la Orden, fray Felice Peretti, futuro papa Sixto V, nombraba comisario de

---

<sup>16</sup> - CENCI I, 589.

<sup>17</sup> - CENCI II, 635.

<sup>18</sup> - ANGELI, *Collis Paradisi*, 88 y 92.

<sup>19</sup> - CENCI II, 648.

<sup>20</sup> - CENCI II, 725.

<sup>21</sup> - Cf. Regesto del General Francesco Sansone de Brescia.

<sup>22</sup> - 15 de agosto. Archivo General OFMConv, Roma, Regesta Ordinis. 12, f. 4r. Si se habla de convento no porque hubiese allí una comunidad de frailes, sino en recuerdo de la que hubo en sus orígenes, al tiempo de Francisco y sus compañeros.

<sup>23</sup> - ASC Amm 1, San Giovanni. Bini, 156.

Rivotorto al P. Francesco Ferrara. A partir de entonces un solo religioso atendía el pequeño santuario, desde la cercana iglesia de San Giovannuccio.

Hacia el año 1580, el conventual Fr. Ludovico de Pietralunga o de Città di Castello explicaba que San Francisco dio comienzo a la Orden de los Hermanos Menores en Rivotorto, donde vivió unos dos años y compuso la Regla. Y lo mismo diría poco después Rodolfo de Tossignano<sup>24</sup>.

### **Iglesia y convento de Rivotorto (1586-1854)**

En 1586, el descalzo o alcantarino Fr. Giambattista Lucarelli (1540-1605), que antes fue conventual, solicitó poder reunir en Rivotorto a los frailes que estaba reclutando para misionar en China. El custodio del Sacro Convento, tal vez temiendo su pérdida, lo que hizo fue proponer a su Consejo “*recuperar el lugar de Rigo Torto*”, reparándolo en nombre del convento, con ayuda de algunos bienhechores, y empezando por la adquisición del terreno adyacente<sup>25</sup>. La idea era construir una iglesia grande que guardara en su interior la vieja ermita, como ya se estaba haciendo en Santa María de los Ángeles con la iglesia de la Porciúncula. El 24 de febrero del año siguiente, el Ministro General Filippo Gesualdi (1593-1602) ordenaba restaurar “*el antiguo lugar de Rivotorto*”, y que se hiciera la iglesia según el proyecto firmado y sellado por él<sup>26</sup>. Entre 1597 y 1600 se excavaron los cimientos del edificio, y fue entonces cuando, en el dormitorio del tugurio, al nivel del pavimento primitivo, apareció la inscripción en mármol, que se conserva en el lugar del hallazgo.

En un grabado de 1599 que representa la ciudad de Asís y sus contornos puede verse una iglesia con espadaña y el texto: “S. Francisco de Rivotorto, primer lugar de S. Francisco, donde con doce compañeros fundó la Seráfica Religión, y ahora se ha empezado a restaurar por orden del Rvmo. P. M<sup>o</sup> Filippo Gesualdo, General de los Men. Conv.”. El 15 de octubre de 1600, los frailes del Sacro Convento colocaban la primera piedra, “en recuerdo de la reparación del derruido lugar de Rivotorto por obra de Fr. Filippo Gesualdi...”<sup>27</sup>. Meses después, las autoridades de Asís nombraban al Ministro ciudadano y senador honorario, por sus méritos y beneficios en favor de la ciudad y del Sacro Convento, y por la restauración de la “capilla de Rivotorto, donde el Seráfico Padre plantó los cimientos de su primera Orden”<sup>28</sup>.

En 1606 ya había en Rivotorto una comunidad estable de religiosos, los cuales, “*para incrementar la devoción de este lugar sagrado*”, pensaron ese año introducir la feria de San Buenaventura (14 de julio), por lo que solicitaron a las autoridades ciudadanas que abogaran en Roma para la consecución de una indulgencia plenaria con ocasión de dicha fiesta. Tres años antes habían solicitado, sin éxito, a las mismas autoridades la celebración de la “*feria de Rivotorto*”<sup>29</sup>. Eso significa que, después de siglos de abandono, la zona empezaba a poblarse, como el resto de la llanura, y que la recién estrenada comunidad se había hecho cargo del cuidado pastoral de sus habitantes. De hecho, en 1611-1612 tenemos las primeras noticias de enterramientos en la iglesia, que en 1646 sumaban ya una larga lista.

---

<sup>24</sup> - Ludovico di Città di Castello, “el Filósofo”, *Giardinello*, 2-3. TOSSIGNANO, *Historiarum Seraphica Religionis...* Venecia 1586.

<sup>25</sup> - ASCA Consigli 33, f. 3v. Cf. Giuseppe FRATINI, *Storia della Basilica e del Convento di S. Francesco in Assisi*, 350-351. Prato 1882.

<sup>26</sup> - ASC Amm 33, f. 154v-155r

<sup>27</sup> - ASC Amm. 1.

<sup>28</sup> - ASCA Com H 7, 1597-1611. ASCA Aut II, II, 10. Cf. Francesco RUSSO, Filippo Gesualdi di Castrovilari Min. Gen. dei Min. Conv. e Vescovo di Cerenzia-Cariati -1550-1618- monografía storica, 132-135. Gesualdi Editore Roma, 1972.

<sup>29</sup> - Cf. ASCA Aut. II, sez. II, n. 6. Ibid. Com. H 51, f. 100.

El 13 de enero de 1613, el Papa Pablo V concedía indulgencia plenaria a quienes visitaran la iglesia el 2 de febrero de 1613, fiesta de la Presentación del Señor<sup>30</sup>. Para dejar constancia del valor e importancia del lugar, el 23 de marzo de 1614 el notario asisano Marcantonio Brodio atestiguaba que la iglesia y convento de San Francisco llamado “*de Rivo torto*”, donde éste “*dio comienzo a su Religión y vivió dos años en dicho lugar con sus compañeros*”, después de haber estado destruida y deshabitada durante muchos años, había sido ahora reedificada por el Ministro general conventual, y lo habitan algunos padres y dos hermanos legos<sup>31</sup>. Pocos años después, la “*Guida de’ Pellegrini*”, la primera guía impresa de la ciudad de Asís y de sus santuarios, explicaba que fue allí, en Rivortorto, donde “*el Santo reunió a sus compañeros y escribió (según dicen) la primera regla de los Hermanos Menores, y donde vivió unos dos años*”.

Al crearse el convento de Rivortorto ya no tenía sentido que hubiese ningún fraile en la cercana iglesia de San Giovannuccio, de modo que a finales de 1619 se dispuso que el capellán y administrador de dicha fundación residiera en el Sacro Convento.

Primer guardián de Rivortorto debió de ser Fr. Matteo d’Arena, el mismo que en 1623 fundó en Rivortorto una Cofradía de inspiración franciscana<sup>32</sup>. Ese mismo año, tal vez por defunción del mismo, el Custodio del Sacro Convento nombraba a Fr. Gerardo de Asís “*Vicario y presidente*” del lugar y de la comunidad<sup>33</sup>, hasta la elección del nuevo guardián, fray Benedetto, a quien encontramos al año siguiente imponiendo el hábito franciscano al oblato fray Paolo.

Tanto el convento como la iglesia dependían jurídicamente del Sacro Convento, cuyos religiosos bajaban de vez en cuando allí para descansar. El P. Angeli, natural de Rivortorto, los describe en 1640 como una iglesia abovedada y un convento con algunos locales comunes en la planta baja y seis celdas en el piso superior. Por los mismos años, el pintor Césare Sermei realizó doce lienzos con episodios relativos a los orígenes del santuario, para colocar alrededor del viejo tugurio. Aunque las paredes del mismo fueron recubiertas con una decoración barroca de mármoles y estucos, en su interior seguía conservaba su primitivo aspecto.

Una gran transformación sufriría el santuario a partir de 1645, cuando el “compañero” o Vicario de la Orden, el P. Michelangelo Catalano, decidió invertir su rica herencia familiar en ampliarlo, construyendo un gran convento en torno a un claustro espacioso. Dos años más tarde, el 20 de mayo, el P. Catalano bendecía los cimientos y colocaba la primera piedra<sup>34</sup>. Para realizar dicho proyecto hubo que trasladar el camino de Asís a Cannara al otro lado de la iglesia, junto al arroyo. La ampliación desagradó a los franciscanos observantes del convento de Santa María de los Ángeles, que apelaron en 1646 a la Congregación para los Religiosos, en virtud de un decreto del papa Clemente VIII que prohibía la fundación de nuevos conventos a menos de cinco mil pasos de otro, sin la autorización de éste. “*Los PP. Conventuales –alegaban ellos– teniendo un hospicio distante alrededor e una milla de la Virgen de S.M. de los Ángeles de Asís, fuera de la ciudad, llamado Rivortorto, donde siempre han querido tener solo un fraile, han empezado ahora a construir un convento con claustro y dormitorio...*”, y alegaban que no podían hacerlo sin el permiso de ellos<sup>35</sup>. La Congregación respondió el 9 de junio encargando al obispo de Asís Malatesta Baglioni que se informara del

---

<sup>30</sup> - ASC Pg XIII, 9.

<sup>31</sup> - ASC, Misc 35, 1595-1859. Los Piores de Asís confirmaron la autoridad del notario y la autenticidad del documento el 18 de julio. ASC Misc 35, 1595-1859.

<sup>32</sup> - Cordígeros. ASC Misc 35, 6. Causa..., Dimostrazioni.

<sup>33</sup> - ASC Misc 35, 1595-1859.

<sup>34</sup> - ANGELI, 92.

<sup>35</sup> - ASC Misc 35, 6, Causa.

caso e hiciera respetar el decreto de Clemente VIII. En virtud de dicho encargo, el obispo comunicó la denuncia a la comunidad del Sacro Convento y ordenó la paralización de las obras.

Al ver que los observantes trataban de *“impedir y retrasar dicha construcción”*, el custodio y la comunidad decidieron enviar a Roma al P. Ignacio de Asís<sup>36</sup>, para demostrar que se trataba solamente de obras de *“ornamentación y ampliación de dicho lugar, célebre por haber sido el primero de toda la religión franciscana, donde el P.S. Francisco se reunió con sus primeros compañeros y fundó la regla, como se lee en las crónicas y es bastante notorio”*. Los conventuales consideraban *“calumniosas”* las pretensiones de los frailes de Santa María, porque lo que se estaba haciendo era ampliar el convento *“más antiguo de la Religión, donde siempre ha habido frailes, lo cual no está prohibido de ningún modo”*. Por eso rogaban que se permitiera continuar las obras y se impusiera silencio a tales pretensiones<sup>37</sup>.

La apelación de los conventuales iba acompañada por un dossier de testimonios preciosos para la historia del santuario, empezando por los de los hombres más ancianos del lugar, que aseguraban que ese era el lugar donde vivió S. Francisco con sus primeros compañeros, y que la iglesia y el convento habían tenido siempre un guardián y entre cuatro y seis frailes que celebran la misa, oyen confesiones y llevan a la comunión a los enfermos. En la iglesia, demás, se conserva el Santísimo, las campanas tocan cuatro veces al día y, desde hace unos veinte años, *“a diario se entierran a los muertos”*. Y hay un fraile limosnero que pasa pidiendo pan, vino y aceite. También recuerdan los ancianos que el convento existe desde hace más de cincuenta años, y que casi siempre se han hecho obras, a las que nunca se han opuesto, *“ni expresa ni tácitamente”* los observantes de Santa María ni los reformados de San Damián, ni tampoco los capuchinos u otros regulares del territorio. Entre la documentación aportada figuraba también una copia del registro de enterramientos de Rivortorto existente en el archivo de San Rufino. Las argumentaciones fueron suficientes para que el Prefecto de la Congregación de Regulares comunicara el 14 de julio al obispo de Asís que no prohibiera la continuación de las obras.

En 1647 el P. Catalano fue elegido Ministro general, y el convento quedó prácticamente terminado durante su mandato, antes de que fuese nombrado obispo de Isernia (Angeli, 92). El altar del tugurio y la iglesia fueron consagrados el 19 de mayo de 1671 en honor de la Virgen María, por el obispo de Asís, Mons. Ludovico Giustiniani, según el pergamino que apareció en el nicho de las reliquias de dicho altar. Los trabajos no terminarán, sin embargo, hasta el mandato del General P. Antonio de Aversa (1683-1689). Hacia el año 1700, el P. Vincenzo Coronelli escribía que el Santuario de Rivortorto era *“bastante visitado por los peregrinos, que no se van de estos contornos sin visitarlo ni sin haber encargado alguna misa a aquellos devotos sacerdotes”*, y añade que sus mayores tesoros son la extrema pobreza profesada por aquellos religiosos, que viven sólo de las limosnas diarias, y que continuamente, sin cansancio, se dedican a santos ejercicios espirituales<sup>38</sup>.

En 1713, con permiso del General, del Cardenal protector y del Papa, el P. Felice Lunerti dio comienzo a una reforma en el convento de Rivortorto, pero la experiencia no prosperó y, siete años más tarde, el convento volvía a la jurisdicción del Sacro Convento, de modo que los

---

<sup>36</sup> - ASC Amm 34, Cons. f. 28r.

<sup>37</sup> - ASC Misc 35, 6. Causa.

<sup>38</sup> - Sacro Pellegrinaggio, 75-77.

custodios recuperaban el derecho de nombrar el guardián, “*como han hecho durante cinco siglos*”. El General, sin embargo, se reservaba el derecho de confirmar el nombramiento<sup>39</sup>.

En 1750, el convento de Rivortorto fue testigo de un gesto de distensión en las no siempre fáciles relaciones con los Menores observantes. Debiendo pasar por allí su Ministro general, el español P. Pedro Juan de Molínez (1750-1756), el custodio del Sacro convento se desplazó hasta Rivortorto y le salió al paso, para invitarle a entrar y a orar en aquel santo lugar, “*habitado por el Seráfico Padre S. Francisco y por sus primeros compañeros, antes de obtener la iglesita de la Porciúncula*”. El general aceptó de buena gana la inesperada invitación y, después de haberlo visitado todo, prosiguió satisfecho hacia la Porciúncula. Al día siguiente subió a visitar la Tumba de San Francisco, siendo recibido con aires de fiesta, al toque de campanas. El día anterior, el Ministro general conventual, P. Calvi, había sido recibido de igual modo en la Basílica de Santa María de los Ángeles<sup>40</sup>.

En los años siguientes los archivos sólo nos han dejado constancia de la vida ordinaria del lugar y de las habituales visitas canónicas que el Custodio de Asís realizaba al convento y a la iglesia. Son de destacar algunas reformas de la casa aprobadas en 1764, y la visita del papa Gregorio XVI a Rivortorto, el 25 de septiembre de 1841.

### **La nueva parroquia-santuario de Rivortorto (1847-2008)**

En 1847, a petición del obispo de Asís, el Papa creaba la parroquia de Rivortorto, aunque el Custodio de Asís no tomó posesión de la misma hasta dos años después.

Fue un día fatídico el 12 de febrero de 1854, cuando un fuerte terremoto devastó la llanura de Asís, convirtiendo la iglesia, el convento y el claustro de Rivortorto en un montón de escombros. El tugurio, sin embargo, resultó ileso, tanto la capilla central, dedicada a la Virgen de la Misericordia, como las dos habitaciones laterales.

Al día siguiente del seísmo el asisano Bernardo Tini, guardián del convento abrió un libro de contabilidad para “*los gastos necesarios para el derribo y reconstrucción de la Iglesia del Santuario de Rivortorto*”, y otro para “*los donativos y gastos*” de la misma. Asimismo, hubo que derribar algunas paredes y muros del convento, que amenazaban con venirse abajo. El 5 de agosto el Ministro general Fray Jacinto Gualerni enviaba a toda la Orden una circular pidiendo ayuda para la reconstrucción.

Un año después, el 20 de junio, el arquitecto asisano Secondo Madami ultimaba el proyecto de una nueva iglesia de estilo neogótico, con las oportunas sugerencias y correcciones del P. Tini. El proyecto preveía una iglesia más ancha y alargada, lo que obligó a desviar de nuevo el camino contiguo hacia un terreno cercano, propiedad del Seminario de la diócesis. El 6 de agosto el ministro general colocaba la primera piedra. Debido a los trabajos, la comunidad debía de estar ausente, o muy reducida. Las últimas entradas y salidas en el libro de contabilidad son del 24 de mayo de 1849, fecha en que la iglesia, o al menos su estructura principal, ya debía de estar terminada.

El decreto de supresión de las Órdenes religiosas en Italia, del 29 de mayo de 1855 no afectó mucho a Rivortorto, que quedó como iglesia parroquial atendida por tres sacerdotes (los cuales seguían siendo religiosos en su fuero interno).

Nuevos movimientos sísmicos en julio de 1895 obligaron a hacer ciertas reparaciones en el tejado de la iglesia, cuyas obras prosiguieron en los años siguientes. En 1897, un proyecto de

---

<sup>39</sup> - Reg Ord 66, ff. 61v-62v-63. Cf. Gustavo PARISCIANI, *Giambattista Lucarelli da Pesaro (1540-1604) Missionario Francescano*. Francescanesimo nelle Marche. Quaderni storici a cura dei F. M. Conv. delle Marche. Liberia G. Moretti editrice, Urbino 1993. Cap. IV: *La riforma a Rivortorto di Assisi (1713-1714)*. pp. 57-72.

<sup>40</sup> - ASC, Cons G, f. 45v.

reparación achacaba los daños de los últimos seísmos a la poca cautela con que se construyeron los desagües del tejado. Debido a eso, el agua inundaba “*el lugar donde vivió San Francisco por primera vez con sus hermanos, porque dicho lugar está más bajo que el pavimento de la iglesia*”.

La consagración de la nueva iglesia no tuvo lugar hasta el 7 de junio de 1903. En 1907 el P. Luigi Calosi, ya anciano, solicitaba al Ayuntamiento una subida del estipendio, ya que el aumento del número de feligreses exigía la ayuda de otro sacerdote. Fue nombrado vicario el P. Lanese, quien en 1909 firmaba el cartel de anunciador de las fiestas con motivo del VII Centenario de Rivotorto, “*donde tuvo origen la Orden de los Menores*”. Para la ocasión se firmó también un librito de 46 páginas dedicado enteramente al Santuario, con interesantes noticias y fotografías de la época<sup>41</sup>.

El 22 de julio de 1925, cuando faltaba poco para la apertura de las celebraciones nacionales del VII centenario de la muerte de San Francisco, y ya se trabajaba en la restauración de otros santuarios franciscanos como San Francesco Piccolino y la Iglesia Nueva de Asís, el párroco Francesco Perrone, el rector y el vicerrector del Colegio Seráfico de Asís, y el futuro maestro de capilla de la Basílica de San Francisco, el P. Domenico Stella, a quien debemos la información<sup>42</sup>, hicieron una primera cata en los muros del viejo tugurio, con vistas a su total restauración. Grande fue su sorpresa al comprobar el buen estado de conservación de las mismas, y al descubrir el suelo primitivo de los habitáculos laterales a medio metro de profundidad.

Pasado el tradicional aflujo de peregrinos con ocasión de la fiesta del Perdón de la Porciúncula, se creó una comisión presidida por el ingeniero Cornelio Sàgui, y compuesta por el canónigo D. Sigismondo Spagnoli y el P. Bonaventura Marinangeli, del Sacro Convento. Se empezó eliminando el revestimiento de las paredes y la bóveda de la capilla central, así como los arcos de entradas a los tres habitáculos del edificio, y luego se excavó hasta desenterrar todo el pavimento primitivo, situado a 130 cm. del nivel de la iglesia. A finales de enero de 1926 se excavó en torno a la ermita-tugurio un foso que dejara ver las paredes exteriores desde sus cimientos, y se suprimieron todos los elementos arquitectónicos añadidos en distintas épocas (1455, 1600, 1854) para remediar la escasa elevación del edificio, semienterrado por las sucesivas avenidas del riachuelo cercano. Ahora el punto más alto mide 2,60 m. desde la base, y apenas sobresale del suelo de la iglesia la mitad de dicha altura.

La restauración permitió descubrir que, como había escrito el P. Angeli, los dos espacios laterales habían sido añadidas al espacio central, que bien pudo ser el tugurio utilizado por San Francisco, ya que no tiene puertas, ni ventanas ni pared delantera, algo inimaginable en el caso de una vivienda o una capilla, pero perfectamente comprensible en el caso de un tugurio<sup>43</sup> rural construido como lugar de refugio para los animales y campesinos de los alrededores.

Las puertas que comunicaban directamente las dos habitaciones con el oratorio a la altura del altar fueron suprimidas, porque el hecho de estar 50 cm. por encima del pavimento original demostraba que no formaban parte de la construcción original. Bajo el revoque de la capilla aparecieron dos cruces pintadas como signo de su primera consagración, y al excavar

---

<sup>41</sup> - TINI Andrea, prior, Vicario generale di Assisi., *Rivotorto. Ricordo del VII Centenario dalla fondazione dell'Ordine Minoritico 1209-1909*. Scuola Tipografica Umbra, S. M. degli Angeli, 1909..

<sup>42</sup> - STELLA Domenico, *Le recenti scoperte nel santuario di Rivotorto*, en *La voce del Padre*, Assisi 3 (1926) pp. 186-189 y 4 (1927) pp. 4-6, 49-50, 72-76.

<sup>43</sup> - “Tugurium parvula casa est; rustici capannam vocant” (S. Isidoro). “Tuguria a tecto appellantur domicilia rusticorum sordida” (Festo). “Tugurii appellatione omne aedificium quod rusticae magis custodiae convenit quam urbanis aedibus, significatur” (Pomponio). “Casolare, tugurio o capanna o casupola, per lo più abbandonata, senza serrami, senza pavimento, con pareti e tetto alla meglio” (Romani).

en el suelo se descubrió que la columna octogonal del altar estaba semienterrada y tenía la base a la altura del suelo original. Delante del altar, en el centro de la capilla, se descubrieron tres personas enterradas, una de ellas bastante joven. El 16 de julio de 1926 ya debía de estar concluida la restauración, como se deduce de un recibo pagado por el Sacro Convento “*a cuenta de una baranda (o reja) de hierro para el renovado Tugurio de Rivotorto*”<sup>44</sup>.

El profesor Sàgui explicaba ese mismo año lo difícil que era para los visitantes emocionarse delante de aquel “enorme prisma” de antes de la restauración, aunque les dijeran que aquello era “*el primer tugurio donde vivió San Francisco con sus compañeros*”<sup>45</sup>. La reapertura al culto del tugurio formaba parte del programa de celebraciones del año del Centenario Franciscano organizado por el Comité internacional religioso-civil en honor de San Francisco de Asís. Después de un solemne triduo, la mañana del 22 de agosto tuvo lugar la ceremonia presidida por el cardenal Evaristo Ludidi. Para la ocasión bajaron del Sacro Convento la bula original de aprobación de la Regla de San Francisco, de Honorio III, y quedó “expuesta en el altar del tugurio donde el Patriarca escribió su primera versión”, como decía el programa. Ese mismo año el santuario de Rivotorto fue declarado Monumento Nacional por el Gobierno italiano. En el año 2000, coincidiendo con el gran Jubileo, la Unesco lo proclamaba Patrimonio de toda la Humanidad, junto con los demás santuarios y la ciudad de Asís. Un último espaldarazo a la cuna del carisma y de la Orden Franciscana lo recibió, finalmente, el 17 de junio del año pasado, con la visita del Papa Benedicto XVI. En dicha ocasión el Papa quiso bajar al tugurio para orar en la capilla central y visitar con el párroco, Fr. Egidio Canil, las dos habitaciones laterales.

---

<sup>44</sup> - ASC Instr. 1/16, 2.

<sup>45</sup> - Riv. S. Francesco, VI, 1926, 57-64.

## **Siglas**

AF = Annalecta Franciscana.

ASCA = Archivio di Stato del Comune di Assisi: Com = fondo comunale. Not = fondo notarile.

ASC = Archivio Sacro Convento: Instrumenti (Instr), Miscellanea (Misc), Amministrativi (Amm), Manoscritti (ms).

## **Para saber más**

CANIL Egidio, *Rivotorto: culla della fraternità francescana*, Rivotorto 2003.

CERNETTI Franciscana, *Rivotorto*. La voce del Padre III (1926), 229-232, e *Tugurio di Rivotorto*, *ibid.* 337-338.

FALOCI-PULIGNANI, Michele, *Ancora una parola su Rivotorto*, in *Misc. Franc.*, XXVI (1926), 49-52

FORTINI, Arnaldo, I documenti degli archivi Assisani e alcuni punti controversi della vita di S. Francesco, in *AFH* 43(1950), 3-44. Rivotorto: pp. 37-44.

GIOVAGNOLI e., *Sulle orme di S. Francesco – Rivotorto, la culla dell’Ordine*, in *San Francesco d’Assisi*, I seconda serie (1928), 222-230.

GRACANELLA Umberto, *Rivotorto ed il Territorio*, Cassa di Risparmio di Foligno, Quaderno n. 4, Centro di Studi Assisani 1983.

Misc. Franc. = Miscellanea Franciscana.

ODODARDI Giovanni, *Porziuncola e Rivotorto*, in *Misc. Franc.* 69 (1969) pp. 228-250.

PAPINI Nicolò, *La Storia di San Francesco di Assisi*. Libro I, Tip. Giovanni Tomassini, Foligno 1825, pp. 177-179.

PRO-LOCO RIVOTORTO, *Rivotorto –Assisi*, Opuscolo informativo, ed. 1995.

RAINERI Carlo da Rimini, *Tractatus unicus veritatum fundamentalium Ord. Min Conv.*, Rimini 1693, 448-459.

ROSSETTI Felice, *Rivotorto, primo convento francescano*, Ed. CEFA, Assisi 1951.

SANTUCCI Francesco, *Note di spesa in volgare assisano trecentesco per una lite dei Disciplinati di S. Stefano con l’abate di S. Pietro –1336–*. *Annuario del Centenario dell’Istituto Magistrale “R. Bonghi” – Assisi 1878–1978*. Assisi, 1980, p. 251.

SCARPONI Franco e LORETI Luca, *Rivotorto e la Banda Musicale (1908-1988)*, Ed. Banda Musicale di Rivotorto 1988..

TARCHI Ugo, Progetto di nuova sistemazione del tugurio di Rivotorto presentato nel 1954 e poi pubblicato in: *L’Arte del Rinascimento nell’Umbria e nella Sabina*. Vol. VI.